



Nuestra propuesta para el país

En las páginas de esta entrega aniversaria podrán encontrar los lectores análisis sesudos sobre los aspectos más relevantes del país, apreciarán la dinámica que ha llevado hasta la situación presente y leerán propuestas oportunas para afincarnos en lo valioso y rectificar lo distorsionado. Lo concreto hay que acometerlo por partes, si se quieren obtener resultados tangibles y duraderos. Pero también es verdad que hay estructuras, instituciones y actitudes de fondo que pervaden toda la situación y que según el caso potencian o menguan los esfuerzos en cada área o que incluso pueden contrarrestarlos y hasta echarlos a perder. En tiempos de normalidad el balance puede ser más bien positivo o negativo, pero en todo caso relativo: el peso recae en cada sector y tarea.

Pero hay momentos, y creemos que en uno de ellos nos encontramos, en que hay que prestar una atención primordial a esos elementos configuradores. Diríamos, poniéndolo en blanco y negro, que en Venezuela sólo hay que cambiarlo todo; lo demás, es decir cada aspecto, va por buen camino. Esta contraposición ciertamente distorsiona, pero ayuda a entender por qué, a nuestro modo de ver, el país no se va a arreglar si cada quien se dedica meramente a lo suyo, a su especialidad, a sus negocios, a su parcela de intereses y competencia. Es imprescindible que cada quien ande en lo suyo. Pero radicalmente insuficiente. Sea lo que sea de esa mano invisible, ciertamente que en nuestra situación no va a actuar por arte de magia coordinándolo todo.

Por eso nos parece decisivo acertar en este todo, en esa matriz concreta (amalgama de estructuras, instituciones, actitudes y redes de relaciones) que actualmente impide que tantos esfuerzos como se vienen haciendo se acoplen y compongan, y que es la causante de esa impresión que tienen tantos venezolanos esforzados de que reman a contracorriente y que a pesar de fatigarse hasta la extenuación avanzan muy poco.

DE RECOLECTORES A PRODUCTORES

Cuando pensamos en ese todo lo primero que se viene a la mente, porque aparece como el objetivo más directo de las transformaciones en marcha, sería que tenemos que pasar de ser un país de recolectores a un país de productores. Es fácil hacer una fenomenología de esa actitud que se resume en esa petición al santo:

"no te pido que me des sino que me pongas donde haiga". Ese fue el señuelo de los buscadores de El Dorado que están al comienzo de esta historia; esa fue también la consigna de tantas revoluciones del siglo XIX. La expresión "cogerse el poder", cargada de connotaciones posesivas machistas, expresa esa degeneración de la recolección en violación y rapiña. Podemos decir que, aunque ésa no fuera ciertamente su intención inicial, en eso pararon los partidos de masas desde los años 70. El puesto nada tenía que ver con su desempeño eficiente: era la parte que le tocaba a cada quien en el botín. No es necesario enfatizar cuánto desestimuló este ambiente a los que sí querían producir.

Pero sin embargo se produjo. La Venezuela actual fue posibilitada por el petróleo, pero no producida por él. En esta fase somos particularmente sensibles a las distorsiones, insuficiencias y cuellos de botella que nos entran, pero no podemos dejar de reconocer que los venezolanos hemos producido en estos cincuenta años a este país que tenemos; y que, aun con todo lo malo, tiene en sí suficiente acumulado tanto en recursos humanos como en infraestructura básica como para poder esperar con realismo que seremos capaces de una transformación superadora.

Es claro que tenemos que seguir avanzando muchísimo en productividad y competitividad, que tenemos que ponernos a la altura de la última revolución tecnológica y acabar de asimilar una serie de actitudes para asimilarla no miméticamente sino entendiéndola y poniéndola a nuestro servicio. Pero creemos que todo esto lo comprende la mayoría de la población. Más aún, pensamos que lo acepta como ganancia personal. Y hasta el esfuerzo para capacitarse, muchas veces desproporcionado y robándole horas al descanso y a la convivencia familiar y social, se acomete con brío porque se ve en ello no sólo una oportunidad de ganancia económica sino de autosuperación.

DE BANDERÍAS A PARTIDOS MODERNOS

No es pues ésta la matriz que empantana nuestros esfuerzos. La opinión pública, sin duda atizada interesada y distorsionadamente por ciertos medios de difusión masiva, pero formada también por muchas experiencias acumuladas, apunta unánimemente al terreno de la po-

lítica y más en concreto del ejercicio del poder (tanto en el gobierno como en la oposición) por parte de los partidos políticos. Nos parece que esta opinión va bien orientada. Para nosotros el problema no está en su descomposición actual. La matriz originante del problema sería la misma concepción de partido. Y por tanto la transformación requerida consistiría en pasar de partidos concebidos como banderías que mediatizan al país, facciones que niegan al conjunto, a partidos como órganos especializados que proponen políticas al conjunto de los ciudadanos y se brindan a sí mismos para gerenciarlas con efectividad. Sería pasar de un Estado intervenido por los partidos (ya que en cada periodo presidencial el Estado es invadido por el ejército triunfador que viene a tomar posesión de su feudo para vivir de él) a un Estado compuesto por funcionarios profesionalizados, ajenos como tales a los gobiernos de turno, y un gobierno de políticos que, como representantes de los ciudadanos imprimen al Estado aquellas directrices que constituyen su oferta política y que fueron discutidas con la ciudadanía a lo largo de la campaña y avalados por la mayoría electoralmente. Actualmente la burocracia, atornillada en sus cargos por sindicatos que son en realidad ramas de los partidos, funciona como la contraprestación de los partidos a la maquinaria que los lleva al poder. Y por eso sirve eficazmente para mantenerlos en él. Pero no está en función del desempeño eficiente de sus funciones específicas. No sólo no existen canales para que la burocracia sea jurídicamente responsable ante los usuarios sino que ni siquiera responde a las directrices de sus jefes, incluidos los propios ministros.

Los fundadores de los partidos no se percataron de su carácter faccioso a causa de su conciencia iluminista: ellos pensaban que tenían tras de sí al país progresista y que sus adversarios eran meramente la barbarie o la reacción; en todo caso venezolanos deslegitimados. Esto nunca fue verdad, pero en la primera etapa ascendente el equívoco de esta equivalencia pudo ocultar la peligrosidad del esquema. Cuando se acabaron las luces, cuando ellos fueron la reacción, el sectarismo sin propuesta se vuelve intolerable.

DE LO PÚBLICO COMO CONTRAPUESTO A LO PERSONAL A LO PÚBLICO COMO LO PUESTO EN COMÚN

El país no puede soportar más esta concepción anacrónica del ejercicio político. Pero la tendrá que seguir soportando, si no está dispuesto a asumir la dimensión de lo público. Así pues para nosotros la necesaria reconversión de los partidos en el sentido indicado no es la estructura básica. Y no solo es porque el ámbito de lo político descansa en el ámbito de lo social. Actualmente en Venezuela todo nos empuja a vivir en el ámbito de lo privado y a abandonar el ámbito de lo público. El resultado es la privatización de todo lo cualitativo, es decir el imperio de los fuertes, que imponen sus reglas de juego en un mercado cartelizado, y el desamparo de las mayorías. Si cada ciudadano se identifica con su yo privado y vive lo público como una realidad exterior e incluso contrapuesta a él, que lo limita, no hay salida para el país. En rigor ni siquiera hay país.

Actualmente el modo de relación predominante (más allá de las comunidades naturales de familiares, amigos y paisanos, incluso en ellas) es el ajustarse, una relación eventual que acaba al cumplirse su objetivo y que se puede reiterar o mantener, si ambas partes han quedado satisfechas y mientras lo sigan estando y que cesa cuando alguna de ellas no se sienta ya motivada. Esta relación es radicalmente insuficiente para que funcione un país, y más todavía para reestructurarlo como es nuestro caso.

Tenemos que seguir partiendo del individuo, pero es imprescindible que los individuos pongamos en común establemente parte de nuestros haberes para que de esta puesta en común se constituyan verdaderos cuerpos sociales. Haberes son, por ejemplo, los impuestos; pero más aún el interés, la dedicación, el tiempo... Todos tenemos que hacernos cargo de bastantes de las cosas que pasan en el país, y cada quien tiene que encargarse de algunas. Encargarse mancomunadamente. Superando el personalismo, formando equipos, con una responsabilidad compartida, que no anule a las individualidades sino que coordine los diversos talentos, que negocie intereses contrapuestos. Una cultura de la democracia que constituya a lo que debe llamarse propiamente ciudadanía.

Este ejercicio se dio en nuestro país desde los años 40 a los años 60. Un sector de la burgue-

sia (arquitectos, ingenieros, médicos, educadores, juristas...) se dedicó a lo público como ejercicio de trascendencia humana que los dignificó, que les mereció el reconocimiento de sus conciudadanos y cuyo fruto fue la fecundidad histórica. Esta ejemplaridad estimuló en el pueblo muchas existencias más anónimas, pero no menos colmadas. Entre unos y otros levantaron lo mejor de este país.

Lo público para ellos estaba incorporado a lo más medular de su ser. Era en términos griegos el ejercicio más eximio de la virtud o en términos cristianos el ejercicio más sublime de la caridad. Esta dedicación a lo público a veces se expresó en el ejercicio político, pero más frecuentemente tuvo que ver con el Estado, bien directamente como miembro de una burocracia cualificada, bien contratando con él.

Hoy tenemos que reinventarlo. Es cierto que lo público también puede y debe canalizarse mediante instituciones no estatales como fundaciones y muchos otros grupos y organizaciones. Pero tanto en el Estado como fuera de él tenemos que constituir esos cuerpos sociales. Y en primer lugar al propio país como cuerpo social. Hoy tenemos muy poco incorporado al país en nuestra existencia personal. Hablamos de él como un ente externo. Esto es lo que tenemos que transformar. Si lo logramos, la ciudadanía presionará a los partidos políticos para que se reestructuren o del seno de la ciudadanía nacerán estos partidos nuevos.

DE LA EXCLUSIÓN DEL PUEBLO A SU CONSTITUCIÓN COMO SUJETO SOCIAL

Con esto estamos llegando al fondo. Pero hay una especificación que es necesario hacer porque, si no, no funcionará el país. Actualmente al pensar en cuerpos sociales o en el país como cuerpo social inconscientemente se los representa con unas características que excluyen al 70% del país. Aunque nos neguemos a admitirlo, en el imaginario vigente funciona un patrón equivalente al WAP que caracterizó a USA y que actualmente está allí en el centro del debate. En el imaginario vigente venezolano el paradigma es el criollo, en el sentido estricto de la palabra, es decir el español americano o más ampliamente el occidental americano; aunque derivadamente también se admita al acriollado, es decir el racialmente mestizo, pero de cultura europea, aunque secundariamente conserve rasgos no occidentales. En

sentido estricto no todos los blancos eran criollos sino tan sólo los que pertenecían al estamento dominante. Los otros eran llamados blancos de orilla.

Todo esto sigue plenamente vigente. Actualmente el ciudadano es el que posee cultura occidental (en su versión latinoamericana o en su última versión postmoderna) y posición económica. El pueblo no es ciudadano. No es sujeto de derechos. Lo que se le da es por vía de concesión: las relaciones clientelares. A lo más es candidato a ciudadano: si se educa y adquiere una posición ya puede salir de esa masa carente de cualificación y entrar en la ciudad. Subir es lo mismo que salir. Salir del pueblo. En el paradigma vigente el pueblo no es un mundo, no son culturas (indígenas, afrocaribe, campesina, suburbana), es una magnitud negativa: los que no tienen, no saben, no pueden, no valen. Obviamente que desde esta apreciación no son sujetos ni pueden llegar a serlo mientras se mantengan en esa masa popular. Este paradigma ha sido tan profusamente introyectado por los medios de difusión masiva, por la educación y por el ejercicio político que lo comparte una parte considerable del propio pueblo, que por serlo se inferioriza y desprecia a sí mismo.

Frente a esta situación asentemos que la mundialización por arriba actualmente en marcha será incapaz de dinamizar al país mientras las masas populares no sean sujeto social. Si el modo de producción determina el producto, ningún plan de promoción ni de educación popular logrará ese objetivo si no lo incluye ya estructuralmente en su desarrollo. Y ordinariamente lo excluyen: el pueblo es sólo destinatario. Ese es el veneno de la mayor parte de los planes en marcha.

Sin embargo si hay experiencias que logran la subjetualidad popular. Entre ellas son significativas las comunidades de base cristianas y multitud de grupos y organizaciones que brotaron de ellas con su misma inspiración. Estos grupos cultivan la cultura de la democracia y la expanden por el vecindario. Pero además están empezando a relacionarse con los organismos estatales, no para pedir clientelariamente sino para reclamar derechos y más aún para hacer propuestas y aun para gestionarlas contractualmente. También se relacionan con elementos profesionales más allá del esquema altruista tradicional, en un plano realmente profesional y simbiótico.

Notamos que se abren posibilidades. Pero también tenemos que reconocer que en el conjunto de los que se tienen a sí mismos como los propios venezolanos y como los representantes naturales de los de abajo existe una resistencia visceral a abordar el problema de la subjetividad popular. Ello entrañaría abrirse a un pluriculturalismo y reconocer la injusticia que entraña la sistemática exclusión actual. No sabemos si estaremos dispuestos a pagar el costo que exige pasar de la exclusión al reconocimiento. Pero, si no lo hacemos, y si el propio pueblo no presiona para ello, se haga lo que se haga no será viable el país.

UN SANTUARIO DEL DIOS LIBERADOR

En esta manera de percibir y sentir al país y de comprometernos con su suerte coincidimos bastantes venezolanos. Son muchas y diversas las motivaciones que nos llevan a ello. Nuestra motivación más profunda es nuestra vivencia cristiana. Desde ella nos atrevemos a comunicarle una persuasión que es también una propuesta. Estamos convencidos de que el encuentro personal con el Dios de Jesús puede ayudarnos grandemente a los venezolanos a superar nuestras negatividades y a desarrollar lo mejor de nosotros mismos. A nivel político e intelectual el país ha vivido hasta hace tres décadas un ambiente laico. Creemos que por lo que hace a las instituciones es sano que lo siga siendo o por mejor decir que lo vuelva a ser. Acertó Bolívar en su constitución al asentar que tenía que prescindir de la religión. El correlato de la Iglesia no puede ser el Estado ni menos el gobierno. Tiene que ser la sociedad civil y en primer lugar los individuos. El cristianismo sólo puede cumplir su papel liberador respecto de la sociedad cuando la institución eclesíástica entra como levadura en la masa de la sociedad.

El papel liberador del cristianismo acontece en esa relación absolutamente personal e incondicionada entre cada persona y la comunidad divina. Si uno se relaciona, no con una proyección de sus anhelos o con el objeto idealizado de una cultura o de una institución sino con el Dios vivo que sigue siendo misterio cuando se acerca misericordiosamente como Padre, la relación lo va sanando, lo libera de sus demonios interiores, potencia sus energías de vida y las orienta libre y constructivamente.

Los cristianos y señaladamente los líderes cristianos tenemos que aparecer como varones y mujeres de Dios, como seres humanos que ponemos esta relación con el misterio que nos funda en el centro de nuestras vidas, y que desde esa relación nos relacionamos con nuestros conciudadanos. Nos relacionamos como hermanos de todos: de los cristianos, de nuestros amigos, pero también de los desconocidos e incluso de nuestros enemigos. Hermanos de todos desde los pobres. Desde esta vivencia del Padre común, los cristianos promovemos esta fraternidad situada y luchamos por remover los obstáculos que se oponen a ella.

Pero no sólo promovemos en el país este mundo de hermanos. También nos brindamos para acompañar a quien quiera iniciarse en esta relación viva con la comunidad divina por el camino que nos abrió Jesús. Así esta Iglesia que se esfuerza en vivir la fraternidad y luchar porque se exprese en las diversas esferas de la vida es también una Iglesia santuario. Esta Iglesia samaritana es una Iglesia que no tiene oro ni plata: su potencial liberador es ese Espíritu del Dios vivo. Introducir a esa relación vivificante es la mayor contribución que la Iglesia, es decir los cristianos, podemos dar a nuestro país.

Diga
Feliz Navidad
con



Obsequiar en Navidad una suscripción de SIC significa expresar aprecio a la revista...
y a los amigos a los que suscribe.

Oferta especial hasta el 31 de enero:

Las suscripciones nuevas para 1998 (Bs. 12.000) tendrán el obsequio de este número extraordinario, con su disquete de indicadores sociales